

<sup>12</sup> V. ob. cit., p. 7. Cito en adelante por la segunda edición, que contiene adiciones y pequeñas reformas del texto, y pongo la página entre paréntesis.

<sup>13</sup> Las reseñas son hoy todavía útiles no tanto cuando informan del contenido del libro como cuando terciaban en los aspectos polémicos a los que me he referido, y trascienden del mero elogio fácil. El conjunto de reseñas que conozco es el siguiente: L. Romero en RL 26 (1964), 208-209; L. Rubio García, Anales de la Universidad de Murcia 23 (1964-65), 291-96; J.J. Trías Vejarano, CHA 190 (1965), 159-66; E. Miró, Est. Lit. 318 (1965), 15; J. Ares Montes, Insula 221 (abril 1965), 8; L. González Seara, Revista de estudios políticos 141-142 (1965), 249-53; J. A. Gómez Marín, RO 31 (1965), 115-127; J. Ángeles, BA 40 (1966), 68; P. E. Russell, BHS 43 (1966), 125-28; R. García, Índice 207 (1966), 45-46; P. Heugas, BH 69 (1967), 495-502; C. Ayllón, Hispania 50 (1967), 181-182; J. B. Buxó, Recensiones 6 (1967), 143-148; W. Krauss, Deutsche Literaturzeitung für Kritik der internationalen Wissenschaft (Berlin) 89 (1968), 602-603; A. A. Parker, Renq 21 (1968), 118-124. No me han sido accesibles las dos últimas citadas. Todas recogidas en J. T. Snow, ob. cit., n.º. 557.

<sup>14</sup> V. reseña cit., p. 115. Los subrayados son míos.

<sup>15</sup> Ibídem, p. 127. Los subrayados siguen siendo míos.

y libertad de los personajes, por ejemplo) no es en lo fundamental distinto del de Castro, Lida, Gilman, Berndt, Bataillon y críticos anteriores o posteriores. En otros aspectos de su estudio (Fortuna, magia, amor, muerte, caps. VII y VIII) hace coexistir su punto de vista con otras aportaciones previas también conocidas. Creo más productivo estudiar la acogida que tuvo, introduciendo las reflexiones que el paso del tiempo permite incorporar. Me parece más interesante incidir sobre aquello en lo que Maravall fue más capaz de crear o canalizar polémicas viejas o coetáneas, a saber: la metodología seguida, la influencia o no de lo judeo-islámico en la obra, el «europeísmo» de la sociedad española de 1500 y el moralismo o didactismo del texto.

## 1. Un «análisis histórico-sociológico»

*La Celestina* ofrece, según Maravall, como pocas obras, «un cuadro tan ajustado y tan vivo de la sociedad en que se producen»<sup>12</sup>. Este enfoque del texto, dice, no a va resolverlo todo:

No pretendemos que una consideración de *La Celestina* desde un parcial punto de vista histórico-sociológico, nos permita descubrir el sentido total de la obra (pp. 7-8).

En realidad defiende la compatibilidad de su enfoque con los análisis literarios, invocando la conveniencia de un trabajo interdisciplinario. De esa manera debe entenderse su aporte, que él considera imprescindible pero complementario de otros, y al que califica como «parcial y discutible» (p.9). En el prólogo a la segunda edición se refiere también a «la satisfacción que me ha causado la favorable acogida de que ha sido objeto» el trabajo<sup>13</sup>.

Para mejor situar el *Mundo social* en el momento en que se produce, no me parece ocioso comparar la prudencia, modestia y apertura del maestro con las osadías y dogmatismos mesiánicos de algunos exégetas y «discípulos». Por ejemplo, para J. Antonio Gómez Marín no hay historia literaria si no es sociología de la literatura, que sólo podrá construirse por estudiosos ajenos al campo literario:

Una de las más urgentes necesidades que tiene planteada la historia literaria, es, sin duda, la de incorporar a su vieja y desgastada metodología el instrumental sociológico. (...) La ausencia de verdaderas historias de la literatura española es consecuencia de esta actitud y de la estrechura sistemática —y a veces mental— en que se mueve la investigación. (...) Pero esta atención por la literatura en hombres ajenos a su propio campo se justifica sobre todo por la ausencia de una verdadera historia literaria, construida sobre bases sistemáticas e interpretativas con la necesaria dignidad<sup>14</sup>.

Como colofón dice así:

Un libro, en resumen, que une a sus méritos intrínsecos el de ser una muestra original y sugestiva de la verdadera historia literaria que ahora parece apuntar<sup>15</sup>.

Las cuestiones de método no deben ocultar que lo peor que podían tener algunas «cabezadas» que regían la historia literaria de esos años —más desde lo académico que en la

investigación—, no era, precisamente, el no ser sociólogos. Pero L. González Seara pone la guinda al pastel cuando identifica «lo no sociológico» con «lo conservador»:

Seguimos maniatados por las viejas humanidades, y el recelo hacia los métodos experimentales, en las ciencias sociales, da lugar a un exceso de esteticismos culturalistas y de proclamaciones retóricas, que pueden ser interesantes desde ciertos puntos de vista, pero que, con harta evidencia, no sirven para la *interpretación correcta* de los fenómenos sociales y políticos (...) Hicimos las anteriores puntualizaciones únicamente para señalar el evidente conservadurismo que sigue rigiendo buena parte de nuestra vida intelectual y lo poco «sociológica» que suele ser nuestra crítica literaria. (...) Evitar la sociología es una forma excelente para que la burguesía y las clases dirigentes en general, puedan disfrutar y aparecer ligadas al mundo literario, al margen de las consecuencias político-sociales derivadas de ese mundo<sup>16</sup>.

Veinticinco años después, y aún pasmados por el tono «proletario» del ulterior ministro de Educación, no es preciso ser zahorí para averiguar el sentido último que encerraban sus palabras: la propia sociología se ha encargado de revelar los muchos auxilios que sabe prestar a los gobiernos y «clases dirigentes en general» precisamente para conservarse, sin excluir de sus justificaciones cualquier tipo de exceso, cometido, si es necesario, en nombre del Progreso, de Europa, o de la España Mayoritaria<sup>17</sup>.

Otro tipo de comentarios entran en la polémica metodológica menos poseídos de la verdad. Para L. Romero el trabajo

... no llega a consistir exactamente en un estudio de sociología literaria (...) en la segunda parte (capítulos II-V) tenemos un típico modelo de aplicación a un texto literario de los sugestivos, pero anacrónicos esquemas *macrosociológicos*<sup>18</sup>.

P. Russell, sobre todo, cuestiona puntos esenciales del edificio metodológico de Maravall. Este había aplicado las teorías de Thornstein Veblen, las de *La teoría de la clase ociosa*, a la sociedad del siglo XV español, sin argumentar si el procedimiento era válido:

Rather he seems to suggest that, since he finds the situation described by Veblen mirrored in *La Celestina*, it follows that Spanish society must have experienced the economic and social changes seen at time in other European countries<sup>19</sup>.

Una explicación al ocio de esa nueva clase (y se podía añadir que a la infidelidad y rencor de los criados)

...is that here we have reflected not the contemporary social scene in Spain but that from which sprang the characters in Roman and humanistic comedy whom Rojas used as a starting-point for the creation of his personalities<sup>20</sup>.

El reparo más serio de Russell trasciende del propio estudio de Maravall para plantear interrogantes más profundos y por desgracia vigentes: por ejemplo, los conceptos esquemáticos e idealistas que puede llegar a manejar la sociología sobre las nociones de Edad Media y de Renacimiento cuando las aplica a textos literarios. La cita es larga pero la creo obligatoria:

As so often happens with sociological interpretations of works of literature, the casual links proposed between literary and social phenomena are often explanations, not necessarily less valid, can sometimes be thought of. Like other writers who draw their inspira-

<sup>16</sup> V. reseña cit., pp. 249 y 250. *El subrayado es mío.*

<sup>17</sup> V. otros elogios, algo más ponderados, del método sociológico en las reseñas citadas de J. P. Buxó y J. J. Trias.

<sup>18</sup> V. reseña cit., p. 208. *Y concluye poniendo en relación e identificando en parte las conclusiones de Maravall con las de Menéndez Pelayo y Castro (Ibidem, p. 209).*

<sup>19</sup> V. reseña cit., p. 126; v. también en p. 128.

<sup>20</sup> Ibidem, p. 126.

<sup>21</sup> Ibidem, p. 127-28. Como síntesis, el libro «... reveals yet a new dimension to the ambiguity of Rojas' work more than it provides definitive answers» (p. 128).

<sup>22</sup> El procedimiento sigue en vigor. En un curso de la UIMP del verano de 1988 en Valencia, «Historia y Novela», se consideraba la novela como una fuente privilegiada de análisis de las mentalidades aislando esos «documentos» del juego de la ficción. Mi información puede no ser fiable, porque procede de la prensa y no iba acompañada de mayores precisiones.

<sup>23</sup> V. al respecto M. A. Ladero, «Aristócratas y marginales: aspectos de la sociedad castellana en La Celestina», ponencia leída en las sesiones del XI Festival Internacional del Teatro Clásico de Almagro, Almagro, 5-8 de septiembre de 1988 (en prensa). No he podido leer la tesis doctoral de H. Rauhut, Herr und Knecht in der spanischen Literatur. Celestina-Lazarillo-Guzmán-Quijote (Würzburg, Univ. de Heidelberg, 1971), donde se discute la idea de Maravall sobre la clase burguesa de los amos celestinescos. Rauhut los considera nobles, frente a los personajes del tercer estado, sobre todo Celestina, que sí aspiran a ser burgueses y fracasan en su intento.

tion from the sources he uses, Maravall seems to take an unduly idealistic view of mediaeval society before the stablishment of a bourgeois monetary economy. It is hard to believe that, in the earlier stage, knights were indifferent to the fact that their status gave them freedom from taxation, or the servants were content with their lot. What is, of course, true is that orthodox social, moral and religious views about the organization of society were, generally speaking, strong enough to inhibit written criticism. But not always: Areusa's contempt for *linaje* on which Maravall lays much stress is expressed in terms very similar to those used by Lollards and other critics of the old order in the fourteenth century. And has he looked at Goliardic literature? Some of Maravall's readers will certainly feel that he ought to have made a greater attempt to deal with some of the arguments which can be produced against his thesis, in particular they may feel that he should have presented some of the non-literary data which have led him to conclude that Vebler's theory of the leisured class is, notwithstanding appearances to the contrary, valid for fifteenth-century Castile<sup>21</sup>.

Es cierto que los reparos metodológicos provienen más de los filólogos que de los sociólogos. Sin ánimo de profundizar en una polémica teórica que excede con mucho los límites impuestos por la ocasión, el estudio de Maravall si pudiera haber servido —y no parece que así ocurriera— para que los sociólogos que provienen de una lectura más o menos ortodoxa de Marx, es decir, la mayoría, hubieran reflexionado sobre las consecuencias de hacer derivar mecánicamente a la obra literaria de un determinado estado social. Parecen olvidar con frecuencia observaciones hechas por el propio Marx sobre la ocasional inadecuación entre las obras artísticas y la sociedad (o la «infraestructura»), observación que por sí sola debiera bastarles para no conceder con ligereza un valor documental a la obra literaria. En este aspecto, el de la literatura como documento, casi todos los seguidores de las tesis maravalianas han interpretado a su modo, siempre más pobre, descontextualizado y *enragé*, el análisis de su maestro<sup>22</sup>.

Por otra parte, y aunque la aclaración pudiera parecer ociosa a algunos, un enfoque «histórico-sociológico» no es sinónimo de un enfoque «histórico» a secas. No son idénticos los riesgos de anacronismo. Además, una bibliografía abundante ha permitido conocer mejor, en estos veinticinco años, la composición social de los distintos grupos y estamentos castellanos, algunos de los cuales (patriciado urbano, servicio doméstico, prostitución, oficios urbanos, etc.) constituyen el marco de referencia de *La Celestina*<sup>23</sup>. Asimismo, el estudio insistente de los nuevos ideales educativos del reinado de los Reyes Católicos ayuda a entender mejor la aparición de obras como *La Celestina*, consecuencia más de un cambio educativo e ideológico entre minorías ilustradas que de un cambio social profundo, que tardaría siglos en producirse.

## 2. Lo judeo-islámico frente a lo europeo

Los fenómenos que Maravall detecta en *La Celestina* «coinciden en gran medida con los de la evolución general europea de la época» (p. 7). Esta idea es un *leitmotiv* a lo largo de su ensayo:

Es ahora el dinero, y no el nacimiento, el que asimila a la nobleza, fenómeno de carácter europeo y no sólo hispánico (p. 31). No hay necesidad de acudir a motivaciones étni-